

los romanos hicieron una terrible matanza de latinos. Después se dió la batalla de Trifanum y la liga quedó definitivamente vencida (1) 340. Los combates siguieron al mismo tiempo que las conmociones interiores. Publilius Philo, un dictador plebeyo, obtuvo entonces la fuerza obligatoria de los plebiscitos, la aprobación del senado no posterior sino anterior á toda rogación presentada á los comicios centuriados, y que uno de los censores fuera siempre plebeyo (339). Los triunfos civiles de los plebeyos tenían por resultado nuevos triunfos en el interior. En una rápida lucha los romanos obligaron á la liga latina á disolverse, y empezó entonces esa serie de castigos y recompensas que caracterizaban á Roma; inexorable con los enemigos y ayudando siempre á sus amigos. Su política que tan bien había de probarle en la serie de conquistas que se abría entonces para ella, consistía en sembrar los países conquistados de colonias cuyos habitantes disfrutaban de derechos iguales á los de los ciudadanos romanos, ó un poco menos, (*derecho latino*) en aislar á las ciudades dominadas, prohibiendo hasta los matrimonios entre habitantes de dos ciudades, en suscitar en cada una de ellas un partido adicto á Roma, que estuviese en lucha con el partido nacional para debilitarlos incesantemente; los romanos deportaron á algunos habitantes de los territorios conquistados, á otros los desarmaron como en Antium cuyos buques fueron privados de sus espolones, (*rostra*), para adornar la tribuna de las arengas en el Forum. Con fracciones de poblaciones vecinas á Roma, se compusieron nuevas tribus que fueron parte integrante de la ciudad y con este sistema habilísimo, avanzándose en la Italia central por líneas sucesivas de ciudades identificadas á ella por el favor ó por el te-

(1) La narración de Livio en todo este período está llena de anécdotas inventadas después de los sucesos, de inexplicables repeticiones, de oscuridad, de contradicciones. Es preferible Diódoro.

mor, Roma se adueñó del Lacio y de la Campania, á vista de los samnitas que no supieron oponérsele á tiempo.

Verdad es que ni su rudimentaria organización federal se los permitía, ni las guerras con los griegos de la Italia meridional que los ocupaban entonces. Las flojas y cobardes democracias de las colonias griegas como Tarento, estrechadas de cerca por los impetuosos italiotas del S. de la península, por los lucanios sobre todo, llamaron en su auxilio á los grandes aventureros que pululaban en Grecia. Arkidamos, rey de Esparta, atraído por el oro de Tarento, penetró en la Italia, pero fué batido por los lucanios el mismo día que Filippo ganaba la batalla de Queronea, (338). Le reemplazó Alejandro el Molosso, hermano de la madre de Alejandro el Grande. Este audaz guerrero obtuvo señaladas victorias, y soñó apoderándose de Tarento, crearse un imperio italo-helénico en aquellas regiones, pero fué asesinado en 332 antes de J. C. Después de la muerte del tío de Alejandro los samnitas recobraron su supremacía, y entonces pensaron en combatir con los romanos que ocupaban la Campania, objeto tradicional de la codicia de los pueblos sabélicos. Si éstos hubieran logrado reunir los encontrados elementos de que entonces se componía la Italia para luchar con la enemiga común, Roma habría sido vencida y en quién sabe cuales tinieblas habría perdido su ruta la civilización humana. Afortunadamente la extremada división de las ciudades italianas lo impidió.

Cualquier pretexto, la ocupación de Nápoles (Neapolis y Paleopolis, formaban una sola ciudad), por los samnitas hizo estallar la guerra, la política de Roma apoyando en todas partes al partido aristocrático dentro de las ciudades y procurando segregar á los aliados de los samnitas, logró esta vez no sólo rendir á Paleopolis, sino tratar por un lado con los griegos, mientras arrojaba á los lucanios sobre

ellos, lo que dejaba aislados á los samnitas. Éstos deseaban la paz, desconcertados ante aquella fuerza de Roma, tan vigorosa en el campo y tan ingeniosa en la diplomacia, pero los romanos no accedieron y á pesar de las condiciones humillantes á que sus enemigos se sometían, sus cónsules atravesaban á hierro y sangre el país samnita, é iban á buscar en Apulia, aliados para Roma. Los samnitas desesperados se resolvieron á luchar, y en el camino de la Campania á la Apulia, en los desfiladeros de Caudium, pusieron una emboscada á los dos cónsules, que penetrando en aquellas gargantas, de las que apenas quedan vestigios hoy, tuvieron que rendirse á merced de los samnitas, éstos, sintiendo renacer en ellos el deseo de vivir en paz con los romanos, se contentaron con celebrar un tratado, con retener algunos rehenes y con hacer pasar á las legiones enteras bajo el yugo; afrenta espantosa que ha pasado á la historia con el nombre de *las horcas caudinas*. Los romanos aprovechándose de su casuística sacerdotal declararon nulo el tratado. Hicieron bien, ¿qué pueblo que se cree con fuerzas bastantes para luchar aun, renuncia á su grandeza en virtud de una paz celebrada sin su autorización y en semejantes condiciones?

Los samnitas, generosos é indignados á la vez, volvieron á la lucha con nuevo ardor y lograron dar algunos golpes á su enemigo. Roma encarga del mando del ejército á su mejor general á *Papirius Cursor*, y como el objeto principal de la campaña era recupar á Luceria, que era la llave de la Apulia y de que se habían apoderado los samnitas, hacia Luceria envió al ejército por dos distintas direcciones. Después de empeñadísima lucha, fueron vencidos y Luceria se rindió en 319 antes de J. C. Papirius hizo pasar bajo el yugo á los samnitas; el deshonor de *las horcas caudinas* estaba reparado (1). En vano los

(1) Los historiadores romanos no merecen entero crédito en la narración de esta campaña, porque se nota en ellos la idea preconcebida de mostrar la prontitud con que Roma había reparado sus primeros desastres.

samnitas logran rebelar una parte de las comarcas conquistadas y entrar en la Campania; los romanos los vencen delante de Capua, castigan cruelmente en esta ciudad al partido samnita y marchan á sitiar á Bovianum, la plaza principal del Samnium. Quince años duraba ya aquella guerra terrible. Roma rodeaba el país enemigo de colonias militares que le aseguraban el dominio de la Apulia y la Campania, hacia cuya capital dirigía el censor Appius una inmensa vía militar. (*Via Appia*).

Mientras los romanos se ocupan en el sitio de Bovianum, los agentes samnitas logran hacer entrar á los etruscos en la coalición, y un ejército de 60,000 hombres baja de la Etruria y cerca á Sutrum, en el camino de Roma. Por una atrevidísima combinación, Fabius, sin esperar el beneplácito del senado salva la selva ciminiana, logra contra los etruscos la victoria decisiva del lago Vadimon y el año siguiente los vence de nuevo cerca de Perusa. Casi todas las ciudades etruscas pidieron una tregua.

Las noticias de la sublevación de la Etruria habían hecho cobrar ánimo á los samnitas, que se presentaron ante el viejo Papirus nombrado dictador de nuevo, espléndidamente ataviados como quien marcha al triunfo ó al sacrificio y fueron completamente vencidos. En vano los pueblos de la Italia central, adivinando el peligro común les prestan su auxilio, todos fueron vencidos y por último, el año de 307 los cónsules se apoderan de Bovianum. Los samnitas y los aliados obtuvieron una paz tolerable. Roma entonces concentró toda su actividad en poner entre el Samnium, espantosamente devastado por los ejércitos consulares, la Etruria y los Galos, de nuevo amenazadores, una cintura de ciudades identificadas con ella y de plazas fuertes.

Los romanos necesitaban demasiado claramente acabar con el poder samnita, pa-

ra consolidar su dominación en la Italia central, que era á su vez el resguardo de la independencia de Roma, y los samnitas comprendían demasiado que era aquella una lucha por la vida, para que no se aprovecharan de la primera oportunidad de dirimir una vez por todas la contienda. Así es que la paz no fué más que un armisticio. Las pequeñas guerras parciales que los romanos sostuvieron entretanto, denunciaban el incendio latente.

La guerra estalló cuando los samnitas creyeron haber coaligado en favor de la causa común á los galos, los etruscos, los sabinos, los lucanos, etc. Sin embargo tuvieron que reportar solos el peso de la guerra. Fabius y Decius, devastaron sistemáticamente el Samnium, no dejando un valle hasta haber agotado en él todo género de vida. Esta rutina dura aún. Los samnitas desesperados se arrojaron en la Etruria, sublevaron á su paso á los umbrios y los etruscos y llamaron á los galos. La ciudad romana recurrió á los medios supremos, se decretaron plegarias públicas, Fabius y Decius fueron elevados al consulado de nuevo, y todo el mundo corrió á las armas. Los galos salvan el Apenino, y estaban á punto de dar la mano á los etruscos, cuando la estrategia de Fabius deshizo toda su combinación; venció á los etruscos, marchó sobre los samnitas, y después de rechazarlos voló al socorro del ejército de Decius. Á pesar de que éste, como su padre, se había consagrado á los dioses infernales lo mismo que al ejército enemigo, precipitándose solo entre las filas de los galos, en donde halló la muerte, no había logrado la victoria. Los galos cedieron al fin retirándose hacia su país en un orden imponente. La coalición estaba disuelta, mas los samnitas estaban en pié.

Consagrándose á la patria, que entonces era sinónimo de muerte, en medio de ritos fúnebres, juraron morir, y los que no juraban eran decapitados. La flor de estos bravos se llamó la legión de Lino,

porque había celebrado sus patrióticos misterios bajo tiendas de lino. El hijo de Papirius los venció. Treinta mil samnitas quedaron en el campo de batalla y aunque desde este momento la lucha estaba decidida, el viejo Pontius Herennius, el vencedor de las *Horcas caudinas* reapareció al frente de los últimos restos de los ejércitos de su país. El hijo de Fabius, á quien su padre sirvió de lugar teniente, lo venció y triunfó en Roma, trayendo un botín inmenso y entre sus cautivos á Pontius que fué decapitado. Por fin los samnitas pidieron la paz y la obtuvieron en 290: una colonia de 14,000 romanos colocada en medio de los pocos restos que de los hombres del Samnium quedaban, les impidió volver á mover y permitió á los ejércitos romanos recorrer y dominar toda la Italia, desde los confines de la Etruria hasta las orillas del golfo de Tarento.

Los galos y los etruscos fueron todavía dos veces vencidos, los galos celebraron en 282 la paz con los romanos, y el Senado dejó que las divisiones interiores fueran matando en las ciudades etruscas hasta el último latido de independencia.

*Las guerras de Pyrrhus.* Entretanto, Roma sometida por completo á la ley de expansión que era el resultado fatal de sus conquistas anteriores, á lo que se aumentaba la inmensa codicia de botín que espolcaba á los grandes, una vez dominados los pueblos italianos, tropezó con las colonias griegas. Con el pretexto de socorrer á Thurium contra los lucanos, envió sus legiones al golfo de Tarento y las galeras romanas lo surcaron. Un día los tarentinos las insultaron y Roma, declaró la guerra á la colonia griega. Ésta, inmensamente rica y fuerte por mar, pero dominada por una desenfrenada demagogia llamó á un gran mercenario en su ayuda, y Pyrrhus, rey de Epeiro, pasó á Italia á defender á los griegos contra los romanos.

Este *condottiere* ilustre, pertenecía á la familia de Alejandro y había tomado una

parte activa en las reyertas de sus conmitones, al grado de haber logrado apoderarse, aunque de un modo efímero, el trono de Macedonia. Soñando con hacer en Occidente lo que en Oriente había hecho Alejandro, y aprovechando la oportunidad que le ofrecía la invitación de los demagogos tarentinos, pasó á Italia, con un ejército en que se hallaban confundidos los elementos griegos y los orientales. (280) Empezó por tratar á Tarento como á ciudad conquistada, á obligar á sus habitantes á filiarse en el ejército y á perseguir severamente al partido aristocrático, amigo de los romanos.

Roma entre tanto recurría á las medidas extremas; reforzó las guarniciones que debían mantener la fidelidad de los italianos, invadió la Etruria y mandó cincuenta mil hombres al encuentro del epirota. Este ejército penetró en la Lucania, atravesó el Liris y presentó en Heraklea la batalla á Pyrrhus. Reñidísima fué la lucha y sólo gracias á la sorpresa que causó á los romanos la carga de los elefantes, pudo vencerlos el rey. El ejército vencido abandonó la Lucania, y muchos pueblos italiotas, entre ellos, el resto de los samnitas se unieron al vencedor, cuyas pérdidas fueron tan grandes, sin embargo, que comparó su victoria á una derrota.

En prueba de que así lo creía, hizo á Roma por medio de un hábil consejero, el retórico Cineas, proposiciones de paz basadas sobre la devolución de su independencia á los italiotas. El senado empezaba á sentirse fascinado por los sutiles raciocinios de aquel griego discípulo de la escuela de Alejandría, cuando el anciano Appius Claudius protestó indignado con aquellas célebres palabras que fueron después la máxima de la República: *Roma no trata mientras quede un extranjero en el suelo de Italia.* La guerra continuó. Adelantóse Pyrrhus por la Campania, deseoso de romper la coalición romano latina y de dar la mano á los etruscos: el cónsul Levinus, el

derrotado de Heraklea le impide apoderarse de Capua y de Neapolis; el rey entonces se adelanta hasta Roma en donde todo el mundo estaba sobre las armas. Afortunadamente el otro cónsul que acababa de celebrar un tratado con los etruscos, viene á cubrir á Roma, mientras Levinus marchaba sobre la retaguardia de Pyrrhus; tuvo éste que batirse en retirada, y después de permanecer algún tiempo en la Campania, fué á tomar sus cuarteles de invierno á Tarento. En la primavera siguiente (279), penetró en la Apulia y venció á los romanos en Ausculum: sin embargo, los resultados de la batalla fueron tan insignificantes, que los romanos quedaron acampados en la Apulia, sin que se les separase uno sólo de sus aliados. Pyrrhus buscó desde entonces un pretexto para abandonar la empresa de poner á cubierto á los griegos italianos de los ataques de los bárbaros; así llamaba á los romanos.

El pretexto se lo ofreció la situación de la Sicilia. Después de la muerte de Agathokles (v. pág. ) el poder de los cartagineses había crecido en la Isla. Siendo la Sicilia la verdadera llave del Mediterráneo colocada como estaba entre las dos grandes cuencas de este mar interior, los mercaderes que gobernaban á Cartago, estaban dispuestos á prodigar el oro á sus flotas y á sus milicias mercenarias para adueñarse de la Sicilia. Sus generales habían tomado á Akragas, y empezaban ya el sitio de Siracusa, cuando los habitantes de esta ciudad llamaron á Pyrrhus que era yerno de Agathokles. Éste sin hacer caso de los reproches de los tarentinos que le rogaban que no los abandonase ó que les devolviese la ciudad que ocupaba militarmente, y creyendo fácil hacer de la Sicilia el centro del imperio que soñaba, atravesó con admirable valor por entre las flotas púnicas y arribó á Siracusa; Magon, el general de los cartagineses, había avanzado antes hasta las bocas del

Tiber, para celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los romanos, y una vez celebrado, volvió á cruzar en el estrecho de Messina.

En cuanto llegó á Sicilia el *Aguila del Epeiro*, como llamaban los griegos á Pyrrhus, todo cambió para los cartagineses: los obligó á abandonar toda la isla, con excepcion de Lilibea, y los mercaderes africanos violando sus compromisos con Roma ofrecieron al rey la paz. Éste la rechazó, y comprendiendo que mientras los cartagineses se mantuvieran en Lilibea, inmediatamente que se retirase de la Sicilia, volverían las cosas al estado que ántes tenían, se propuso construirse una flota. Pero entre tanto su política excesivamente dura y tiránica por un lado, y la relajacion de todo espíritu de orden y disciplina entre los sículos minaron su poder en la isla; un ejército africano favorecido por los griegos volvió á ella, Pyrrhus lo venció, pero conociendo por un lado la hostilidad de sus nuevos súbditos, y deseando por otro presentarse en Italia con la gloria de aquel triunfo, cometió la falta imperdonable de no proseguir las consecuencias de su victoria, arrancando á Lilibea á los cartagineses y se hizo á la vela para Tarento.

En el camino las escuadras de Cartago le inflijieron un serio descalabro. Al conocerlo los sicilianos se negaron á obedecer á los representantes de Pyrrhus, y los cartagineses recobraron en un momento toda su preponderancia. El imperio sículo-epirota había caído por tierra y con él todos los sueños de ambicion de Pyrrhus. Sus hazañas desde entonces ya no tienen más objeto que hacer la guerra al azar. En su marcha á la Italia intentó sin éxito apoderarse de Rhegium, luego tomó por asalto á Lokres que le había hecho traicion, la anegó en sangre y robó el tesoro del templo de Persefóné; por fin llegó á Tarento. De ahí salió en auxilio de los samnitas y presentó batalla á los romanos en los cam-

pos arusinos cerca de Benevento. Fué completamente vencido, gracias al desorden que introdujeron en sus filas sus propios elefantes, espantados por los romanos. En vano pidió auxilio á la Grecia, todos le desoyeron; dejando entónces una guarnicion en Tarento volvió al Epeiro, abandonando para siempre la Italia. Aun obtuvo algunos triunfos en su país, aunque fracasó en su tentativa de apoderarse del trono de Macedonia ocupado por el hábil hijo de Políorketes, Antigonos Gonatas; por último pereció miserablemente en una refriega en las calles de Argos (272).

Ese mismo año el lugar teniente de Pyrrhus que ocupaba la ciudadela de Tarento, al ver penetrar en el puerto las naves cartaginesas, prefirió entregar la fortaleza á los romanos, retirándose con los honores de la guerra. Los samnitas, los lucanios y las tribus heterogeneas de ladrones y de vencidos de todas las campañas de la Italia, que con el nombre de brucios ocupaban la parte meridional de la Calabria, rica en bosques (*Brutium*) se sometieron á los romanos, aunque los samnitas resistieron todavía algunos años. Rhegium tambien fué tomada y castigados con la espada y el látigo los rebeldes campanios que ahí se habían refugiado. En resumen la Italia propia estaba dominada.

*Organizacion de la conquista.* Inmediatamente despues de la partida de Pyrrhus, Roma se ocupó de asegurar su nueva dominacion. Envió colonias á Luceria, al Samnium, otras al Picentino cerca de la costa para contener á los galos, y la gran vía del S. fué prolongada hasta el puerto de Bríndisi, destinado por la política romana á rivalizar con Tarento. Pero el instrumento poderoso de la vasta *sinmaquia* que Roma quería organizar en la Italia, fué el derecho. Varias ciudades fueron admitidas al derecho pleno de la ciudad, gozaban de todas las prerogativas del derecho civil, y en Roma podían ejercer el de sufragio; mediante una ficcion que había

de crecer sin cesar, la ciudad se agrandaba legalmente por la superficie de la Italia. Además de este derecho supremo, había otras categorías en que quedaban clasificadas casi todas las ciudades de la Italia central y meridional: la ciudadanía plena de que disfrutaban la mayor parte de las antiguas ciudades latinas, sabinas y vols-cas, y las colonias marítimas y de ciudadanos; despues venían las ciudades de derecho latino, que tenían una participacion menor en los derechos de la ciudad romana. Su nombre de latinas no quiere decir que estas poblaciones se hallasen en el Lacio cuyas ciudades, segun hemos visto, gozaban ya de otros derechos, sino que, latino en su origen, este fuero se había distribuido en toda la Italia. El derecho latino no daba facultades para tomar parte en el gobierno político de Roma, pero asimilaba en algunas cosas á las ciudades latinas con Roma en el terreno civil. El derecho latino era un escalon por donde subían al derecho pleno de ciudad los ciudadanos notables de dichas poblaciones. Luego venían las ciudades que carecían del derecho de sufragio, y cuyos jueces eran romanos. El tipo de estas ciudades era Cœre. A continuacion pueden colocarse las ciudades confederadas no latinas, algunas de las cuales gozaban de extensos derechos (v. Mommsen).

Roma dejó á las ciudades cierta autonomía, sobre todo á los municipios; pero disolvió las ligas entre ellas, y les prohibió todo contacto trascendental como el comercio y el matrimonio entre habitantes de dos de ellas; al mismo tiempo se apoderó imponiéndoles la obligacion de darle contingentes, de toda su fuerza armada; favorece la formacion en cada ciudad de un gobierno interior calcado sobre el de la ciudad reina, da la mano á las aristocracias, nombra magistrados especiales que vigilarán á las ciudades sometidas, y de este modo realiza la unidad administrativa y política de la Italia. Ésta, con ré-

gimen tan hábil y tan fuerte comenzó á latinizarse; el idioma del lacio se generaliza y con él avanza la grande-obra de la fusion itálica en derredor de Roma.

Al mismo tiempo en el interior de la gran ciudad la vigilancia sobre las costumbres llega á tomar extraordinario incremento, y la *censura* fué el gran magisterio republicano; las leyes se suavizan; los derechos absolutos del padre y del acreedor tienden á desaparecer; la moneda de plata se introduce y hace más fáciles las transacciones; los dioses griegos empiezan á confundirse con los romanos; la riqueza agrícola, nervio de la República, se aumenta y se perfecciona; el gran cultivo aparece sin absorber completamente todavía á la pequeña propiedad ni matar aún el trabajo libre; empieza á invertirse el dinero de la conquista en grandes construcciones, y estremeciéndose bajo el soplo del helenismo que trasformaba á la Italia entera, Roma se transformó tambien, pero acomodándose la civilizacion griega y haciéndola de eminentemente individualista que era, profundamente socialista, porque en Roma el estado ahogaba al individuo.

En fin, en esta época de renacimiento, el arte adquiere grandes proporciones, y aunque los juglares y los poetas son tenidos por viles, su influencia va creciendo; la historia contemporánea empieza á registrarse, la historia primitiva empieza á rehacerse bajo la direccion de los griegos, las leyendas adquieren forma y se agrupan sistemáticamente; en una palabra, la gran ciudad italiana toma un papel en el mundo. Así preparaba su papel soberano en la marcha de la humanidad.

*Las guerras púnicas, (264-201 antes de J. C.)* Las guerras púnicas son el gran intermedio entre la conquista de Italia y la conquista del mundo. La historia de Roma deja ver en este período la fatalidad angusta que penetraba sus destinos y que da á su estructura la sublime sencillez de una tragedia antigua. Su posicion en el Lacio, le per-

mitió ser independiente, pero la obligó á luchar sin tregua por esta independencia; no sucumbió, y como consecuencia de esto empezó á preponderar; esta preponderancia no podía subsistir si no se transformaba en dominio. El dominio del Lacio rodeado de pueblos belicosos y fuertes, debía conducirla como condicion absoluta de duración á una de esas fases tremendas de la lucha por la vida, en que el nacido debe morir. Roma triunfó, y al día siguiente de la victoria, se encontró con una obra precaria, mientras no quedase cerrada la Italia á las huestes extranjeras. De aquí la lucha con Pyrrhus y la sumisión de las colonias griegas.

La Italia es, geográficamente, la reina del Mediterráneo por su posición central, y sus estensos litorales. ¿Cómo podía Roma cubrir sus conquistas, si no podía defender sus litorales? Sintió que necesitaba convertirse en una potencia marítima, y como la consecuencia de esto era forzosamente el señorío de la cuenca occidental del Mediterráneo, tuvo que disputar ese señorío á Cartago. Esta fué la causa del choque inmenso conocido con el nombre de *las guerras púnicas*.

La 1.<sup>a</sup> guerra púnica (264-241). Ya hemos visto en el curso de este compendio cómo se fundó sobre las ruinas de Kambé, el emporio tirio de Kiriath-Hadshat, llamado Karkedon por los griegos y Cartago por los romanos. Sabemos que la colonia no solo se vió libre de toda sujeción á la metrópoli, sin lucha ni sacudimiento, sino que heredó en la cuenca occidental del Mediterráneo el protectorado ó el dominio sobre todas las colonias fenicias de aquellos litorales. Ocupó así las costas septentrionales del Africa al Occidente de Cartago hasta el estrecho de Gades, que uno de sus grandes marinos, Hannon, atravesó penetrando en el mar que *respiraba* (flujo y reflujo), y costeando el litoral O de aquel silencioso continente africano, avanzó hasta donde pudo. En el extremo

de su viaje, en una isla situada cerca del *Cuerno del Sur*, encontró unos hombres altos, velludos y mudos; tuvo que matarlos, y sus cuerpos rellenos de paja fueron llevados á Cartago, eran *gorillas*. Los cartagineses ocuparon también las costas españolas sin penetrar en el interior, fundaron factorías en las Galias, en el Atlántico, en la Cerdeña, la Córcega y la Sicilia, en donde los hemos visto luchar hasta la víspera de la primera guerra púnica. Al principio Cartago se había contentado con su papel puramente mercantil, luego para no estar á merced de los pueblos libio y nómadas que la rodeaban, necesitó pagar mercenarios que conquistaran sobre ellos una gran zona territorial, que le dió una vez cultivada una espléndida riqueza agrícola. Así se constituyó en el N. del Africa un verdadero imperio libio-fenicio. Aristóteles, que murió unos cincuenta años antes de la primera guerra púnica, admiraba la Constitución de Cartago por la paz que le había proporcionado. Realmente era aquella aristocracia por todo extremo fuerte y recelosa, y ni permitía la preponderancia de una sola familia, ni dejaba salir al pueblo de un estado servil. Por eso siempre que una gran familia aristocrática tendía á absorber el poder, se apoyaba en las clases populares como sucedió con la de los Barca. Pero esta desconfianza y estrechez de miras propia de todas las aristocracias, había de ser la causa de la pérdida de la República. Tenía además vicios profundos, que son el séquito ordinario de la excesiva opulencia y que corrompían y relajaban todos los resortes de la vida social. Si á esto se agrega el carácter especial que daba á aquella inmensa factoría de mercados africanos, el predominio absoluto de los cultos orgiásticos y sanguinarios que eran una herencia de los cananeos, se comprenderá por qué ha conservado Cartago en la historia, á pesar de su riqueza y de su heroicidad final, no sé que imborrable sello siniestro y repugnante á la vez. (*Car-*

*thage and the Cartaginians* by R. Bosworth Smith, Londres. 1878).

Pyrrhus decía al retirarse de Sicilia: qué hermoso campo de batalla dejamos á los cartagineses y á los romanos! No se engañaba el epirota. Desde que Roma comprendió la necesidad en que se hallaba de ser una potencia marítima, y Cartago se vió obligada á impedirlo, era natural que lo primero que se disputasen fuera la posesión de la Sicilia, gran cuartel general del imperio marítimo de los púnicos, clave del Mediterráneo y del dominio sobre las costas de la Italia meridional.

El combate, sin embargo iba á ser desigual; Cartago en su inmensa marina mercante tenía un semillero inagotable para tripular sus escuadras; Roma tenía poca marina mercante y de guerra. Los aliados le proporcionaron un débil núcleo, en el rededor del cual debía improvisarse todo.

Cuando Pyrrhus abandonó la Sicilia, los cartagineses recobraron Agrigento y la mayor parte de la Italia; los Siracusanos sólo conservaron á Tanromenium. Una banda de aventureros originarios de la Campania y que llevaban el nombre significativo de *hijos de Marte ó de Mamers* (Mamertinos) se habían apoderado de Messina, en 284 antes de J. C., y desde allí dominaban una parte del N. de la isla; aliados con los cartagineses contra Pyrrhus, quedaron, una vez partido el epirota, en frente de Hieron, joven oficial siracusano emparentado con el rey de Epeiro y descendiente de Gelon, que se apoderó con el beneplácito de sus conciudadanos del trono de Siracusa. Sitiados los mamertinos por Hieron y cercanos al último término de su resistencia, no les quedaba otro recurso que entregarse á los romanos ó á los cartagineses; se decidieron por los primeros y ésta fué la causa determinante de la primera guerra púnica. Roma aceptó la protección de aquella turba de foragidos, (265 antes de J. C.) y como sabía que su verdadera enemiga en Sicilia era Cartago, se

decidió á tirarle el guante, resucitando un supuesto agravio hecho á los romanos por los fenicios en Tarento, seis años antes. Los cartagineses obrando con prudencia, ganaron tiempo, negociaron la paz entre los mamertinos y Hieron, llenaron de naves el puerto de Messina, y cuando los romanos se presentaron para auxiliar á los mamertinos á su pesar, Hannon, el almirante cartaginés, los venció, pero les devolvió los buques capturados; logran por fin desembarcar los romanos, y Hannon llevando la prudencia á un extremo indecoroso les abandona la ciudadela de Messina. Un grito de indignación se levantó en Cartago, Hannon fué crucificado y la guerra comenzó. Los cartagineses y los siracusanos intentaron inútilmente apoderarse de Messina, el grueso del ejército consular pudo pasar á Sicilia y les hizo levantar el sitio; en los dos años siguientes, los romanos obtuvieron algunos triunfos y una cosa más importante: Hieron desertando las filas de los cartagineses se alió con los romanos y les fué siempre fiel. Esto permitió á los romanos apoderarse de Agrigento despues de reñidos combates, y reducir á Hamilkar á las plazas marítimas, en donde se defendió con indomable energía.

Pero los cartagineses dominaban el mar y podían desembarcar en Italia, cuyas costas ya recorrían bandas de mercenarios por cuenta de la república africana. Los romanos tenían una marina muy corta, los aliados italianos les ayudaron con algunas galeras, lo que no era suficiente; hubo necesidad de construir una armada poderosa. Los romanos que disponían de todas las costas italianas realizaron en poco tiempo este prodigio, que no lo es tanto si se considera qué clase de buques se construían entonces. Improvisada la flota y puesta á las órdenes del cónsul Duilius batió completamente al almirante cartaginés en Mila, gracias á un sistema de garfios y de puentes que girando en torno de uno de los mástiles podían bajarse por

cualquier lado y hacían más fácil el abordaje y la lucha cuerpo á cuerpo en que recobraban los romanos todas sus ventajas. Pero los cartagineses conservaban sus plazas marítimas en la isla, sobre todo, Panormo, (Palermo), y Drepanum, (Trepáni), confiadas á Hamilkar y la lucha continuó con éxito vario.

Durante toda ella entré los cartagineses, sicilianos é italiotas, dominó la convicción de que mientras no se hirieran en el corazón los rivales, la contienda no tendría término; de esta convicción nacieron las expediciones de Agatokles, de Regulus, de Scipion en Africa y la de Hannibal en Italia. Los romanos en la época que vamos historiando, cansados ya de una guerra que amenazaba no tocar nunca á su término, decidieron equipar una inmensa flota que llegó á contener, segun los historiadores, más de 100,000 tripulantes y 40,000 soldados de desembarco, y poniéndola á las órdenes de los dos cónsules, uno de los cuales era Atilius Regulus quien la dirigió hacia el Africa en la primavera del año de 256. Los cartagineses presentaron batalla cerca de Ecnomo. Los romanos obtuvieron una gran victoria, desembarcaron en la bahía hoy llamada de Aklil, organizaron su campamento naval y continuaron obteniendo ventajas sobre los cartagineses, cuyas ciudades se entregaban sin lucha, mientras que los nómadas rebeldes inundaban los campos. Tal confianza inspiró á los romanos la marcha de las cosas en Africa, que retiraron el grueso del ejército, dejando sólo á Regulus con 15,000 hombres, con los cuales estableció casi en las orillas de Cartago, en Tunis, sus cuarteles de invierno. Los cartagineses pidieron la paz; pero Regulus les impuso condiciones tan duras, que prefirieron continuar la lucha, aun cuando debieran sucumbir. Entre tanto Hamilkar habla conducido á sus bizarros mercenarios de Sicilia á Cartago, y una multitud de aventureros griegos acudían al llamado de Xantippo, oficial espartano

encargado de organizar el ejército púnico. En la primavera del año 255 se abrió de nuevo la campaña. Regulus sin esperar refuerzos opuso un puñado de legionarios á las masas enemigas, y á pesar de una lucha heroica tuvo que sucumbir. Hecho prisionero murió en Cartago poco despues. Su esposa y sus hijos tomaron en Roma una venganza terrible sobre algunos prisioneros cartagineses. (1)

Los romanos volaron al socorro de los restos del ejército de Regulus y obtuvieron una victoria naval, pero decidieron desastentadamente evacuar el Africa. Los cartagineses se vengaron en las tribus aliadas de Roma, matando á sus *cheiks* é imponiéndoles tributos onerosísimos. Detestable política que había de producir algun dia tristes frutos para Cartago. La guerra, como era natural, volvió á la Sicilia. Los romanos con una nueva flota de 700 naves hecha en tres meses, se apoderaron de la importante estacion de Panormo y dominaron casi todo el litoral N. de la Isla, pero una tentativa infeliz de los cónsules en las costas africanas y su ignorancia en achaques marítimos, casi redujeron á la nada la escuadra. A pesar de esto los romanos siguieron venciendo en la isla; destruyeron los elefantes que eran la fuerza principal de los cartagineses, los desalojaron de varias ciudades y en el año de 249 sólo les quedaban las plazas de Drepanum y Lilibea. Desoídas las proposiciones de paz de los cartagineses, esta última ciudad fué sitiada y bloqueada con todas las reglas del arte militar, lo que no impidió á la escuadra púnica apostada en Drepanum, mantener constantes comunicaciones con los sitiados. Por desgracia un cónsul nuevo, Publius Claudius, quiso sorprender á la escuadra cartaginesa y fué completamente vencido, (única gran victoria naval de Cartago). Hubo que levantar, en consecuencia, el blo-

(1) El viaje de Regulus á Roma tiene todos los visos de un cuento.

queo de Lilibea, y la guerra más que nunca alejada de su término, en medio del cansancio y del agotamiento de Cartago, de Roma y de sus aliados, entró en un período monótono y oscuro.

Por entonces apareció un jóven general de la familia de los Barak ó Barka, Hamilkar, que se propuso formar una buena infantería para Cartago, sin que costara nada á los avaros y envidiosos mercaderes que gobernaban á su patria. Se apoderó de una posición importante, y desde allí recorría los campos de la isla, aguerria á sus compañeros y mantenía en constante inquietud á los romanos, mientras los corsarios cartagineses subían hasta Cumas. Los mercenarios de Hamilkar no tenían más patria que su general á quien adoraban y que los preparaba á grandes acciones.

Los romanos despertaron de su inacción; los patricios ricos, construyeron á su costa una gran escuadra que bloqueó de nuevo á Drepanum y á Lilibea. Los cartagineses desprevenidos, empezaron también á formar una escuadra. Ambas se encontraron frente á la Isla de Egusa y la cartaginesa sucumbió. Entonces Hamilkar que comprendía que iba á ser insostenible su situación en la isla, ajustó con el cónsul Catulo los preliminares de paz, sancionados, no sin vivas repugnancias, por el pueblo romano. Además de las cláusulas de mútuo respeto, de la obligación de no celebrar tratados cada una de ambas ciudades con los aliados de la otra, y de dejar salir á Hamilkar con los honores de la guerra, los cartagineses evacuaron la isla, que de hecho quedó bajo el dominio de Roma. Ésta al concluir la primera guerra púnica (241) había dado un paso gigantesco. Era dueña de Sicilia y estaba convertida en potencia marítima. Podía, pues, velar por la posesión de Italia; pero mientras Cartago pudiese hacer surcar el Mediterráneo con sus escuadras, la lucha no estaba más que aplazada. Entre Roma y Cartago

no se había firmado una paz, sino una tregua.

Del año 240 al 218 antes de J. C.—Inesperados sucesos vinieron á consolidar la preponderancia de Roma en el mediterráneo occidental. La última guerra había agotado el tesoro púnico y los mercaderes cartagineses con la imprevisión característica de las oligarquías cuya base de dominación es la fortuna material, se negaron á auxiliar al erario público para pagar á los mercenarios empleados en la última guerra y que á pesar de las precauciones de Hamilkar se habían aglomerado en los alrededores de la ciudad. Sintiendo fuerte aquella turba heterogénea en que se hablaban todos los idiomas del mundo antiguo, se rebeló y estuvo á punto de apoderarse de Cartago. La insurrección cundió por toda la comarca y la república aterrizada acabó por poner al frente de su ejército á Hamilkar cuya fama inspiraba una invencible desconfianza á aquella aristocracia de mercaderes. Tales atrocidades se cometieron durante aquella guerra, [v. Polibio], que se le llamó *la guerra inexpiable*; por fin Hamilkar venció y destruyó completamente á los rebeldes; (238), Cartago estaba salvada (1).

Durante los cuatro años largos que ésta lucha había durado, los romanos que fingieron portarse amigablemente con Cartago en Africa, se apoderaron de la Cerdeña y se establecieron ahí, como ya lo habían hecho en Córcega que pertenecía á los etruscos. Sus colonias en estas dos islas, nunca pasaron de las costas; las poblaciones del interior, eran realmente almacenes de esclavos para los romanos, que frecuentemente se entregaban á verdaderas cacerías de hombres en aquellas tierras, sirviéndose para atrapar á los indígenas de perros de presa, adiestrados con ese objeto. Cuando Cartago se vió libre de

[1] Un gran novelista francés contemporáneo ha hecho revivir con incomparable fuerza los principales episodios de la guerra de los mercenarios.—G. Flaubert.—Salammbó.

los mercenarios, reclamó su isla; los romanos se guardaron bien de devolvérsela. Ella les aseguraba el dominio absoluto en el mar Tirreno.

Con la presteza que acostumbraba aplicó Roma á sus conquistas insulares una organización nueva que las distinguió de la Italia y que fué el verdadero origen del derecho provincial. Sus islas fueron gobernadas por un procónsul que concentraba en sus manos todos los poderes, exceptuando los financieros encargados á los cuestores. Por regla general no se permitió á las ciudades ligarse, ni los ciudadanos podían adquirir propiedades legítimas fuera de la ciudad ni contraer nupcias legítimas con las mujeres de otra ciudad; con todo á las ciudades sicilianas se les permitió un vestigio de confederación. Con pocas excepciones las ciudades del continente ayudan al engrandecimiento de Roma con un contingente militar, mientras que los de las islas pagan un tributo, y con ésta y otras diferencias se habían constituido una especie de derecho itálico que estaba como en un tercer grado después del romano, y que contribuyó á organizar la gran gerarquía de la conquista, porque Roma á medida que ensanchaba su territorio, fundaba en él ciudades de derecho itálico, que estaban en aptitud de ascender al derecho latino y al romano pleno, como frecuentes veces aconteció.

Si las costas occidentales de la Italia estaban defendidas, no se podía decir lo mismo de las del Adriático, verdaderamente infestado de piratas que recorrían las islas con sus ligeras *naves liburtinas*, y tenían alianzas y asiento en la Iliria y en el Epeiro. Las ligas etolia y aquea, habían intentado combatirlos; pero los piratas habían vencido. Á Roma le convenía todo cuanto debilitara la Grecia y la Macedonia, que por la fuerza de las cosas, era su enemiga en la conquista de la cuenca oriental de Mediterráneo, conquista sin la cual era precaria la de la cuenca occidental.

Pero como aun no era tiempo de pensar en esto, porque Cartago permanecía en pie, el Senado no pensaba en mezclarse en los asuntos griegos todavía, y hubiera tolerado la piratería, si las costas del Adriático no hubiesen llegado á un espantoso extremo de inseguridad. Roma los atacó, los venció y fijó su planta en las costas ilirias y en las islas que hizo entrar en la sinagüa romana, y en donde puso por gobernante á Demetrios de Paros, á quien luego tuvo que despojar porque se había aliado á los macedonios.

No termina aquí la historia del ensanche de Roma en este largo entreacto de más de veinte años en el gran drama de las guerras púnicas. El N. de la Italia estaba aún en poder de los bárbaros. Los celtas ocupaban con los nombres de Boios, Ligonos, Anaros, Insubrios, y otros las comarcas circumpadanas y la mayor parte de la Lombardía actual. Los *Venetos* se extendieron desde Verona á la costa del Adriático, los *Ligures* desde Pisa hasta las fuentes del Po. Aquellos pueblos inquietos, belicosos y dados al pillage, habían intentado varias veces tomar el camino de la Italia meridional, y Roma había tenido que agotar su astucia para detenerlos, sobre todo, cuando pasaban los Alpes algunas hordas de celtas transalpinos, que ponían en movimiento á sus congeneres de Italia. Cuando la República se vió libre, pensó en terminar de una vez por todas, con estas correrías de los piratas de tierra. Los galos sintieron que el instante de la lucha había llegado, y unidos con los transalpinos salvaron el Apennino y penetraron en la Etruria hasta tres jornadas de Roma. La Italia entera voló en auxilio de la República; sin embargo, una parte del ejército fué vencido por los galos, que sin buscar mayores ventajas se retiraron á su país siguiendo el camino de la costa. Su desgracia quiso que se encontraran con las legiones de Cerdeña recientemente desembarcadas en Pisa, que los

destruyeron completamente en Telamon. Roma quiso aprovechar rápidamente su victoria, y en poco tiempo sometió á los boios, á los insubrios etc., y por medio de colonias en el valle del Po, sobre todo, empezó la romanización de la Cisalpina.

¿Roma temía que en la próxima é inevitable lucha con Cartago, aquel enjambre de hordas pudiese ayudar á su gran enemiga? Quizá, y tenía razón. Hamilkar Barka, después de destruir á los mercenarios, había adquirido un gran mando militar con el auxilio del partido de la guerra. Con facultades dictatoriales y al frente de un ejército, representación de una verdadera democracia militar, independiente del gobierno de Cartago y sólo sujeto al pueblo, para realizar sus vastos designios había emprendido la conquista de la España. Esta región de riqueza legendaria era útil á Hamilkar para reemplazar á la Sicilia perdida para el comercio cartagines, para formar en la lucha un ejército, para reclutarlo entre los bravos montañeses iberos, y para preparar ahí un gigantesco cuartel general para su expedición á Italia, su sueño secreto. Había empezado ya á realizar sus planes cuando sucumbió. Le sucedió su cuñado Hasdrubal que murió asesinado, y designando para su sucesor al mayor de los hijos de Hamilkar. (1) Tenía éste 29 años, y á los 9, había jurado entre las manos de su padre odio eterno á los romanos. Compañero constante del gran Hamilkar, había adquirido desde niño todas las virtudes del soldado y heredado el genio de su padre. Queriendo aprovechar de la lucha de Roma con los galos y de las malas disposiciones de Macedonia respecto de los romanos buscó un pretexto para realizar los planes de Hamilkar cuanto antes. Sin esperar la autorización de Cartago, en donde imperaba el tímido partido

[1] En España existen todavía vestigios de la dominación púnica en los nombres de algunas ciudades: Cartajena (*Cartago nueva*), Barcelona (Ciudad de los Barcas), Mahon (de Magon), etc.

de la paz, atacó á Sagunto, aliada de Roma y la tomó, después de una defensa como solo las saben hacer las ciudades españolas, dice Mommsen. El embajador de Roma fué á Cartago á pedir satisfacción, pero el botín de Sagunto estaba repartido y encendida la codicia de los mercaderes. La guerra fué declarada.

*La segunda guerra púnica* (218 201).— Algun autor ha llamado á la segunda guerra púnica, el duelo de una familia contra una ciudad. Efectivamente la familia de los Barka (1) había preparado mucho tiempo hacía esta guerra, y como para significar mejor que se trataba de un voto de la familia había escogido como punto de partida á España y no á Cartago misma. Hannibal había concebido un plan vastísimo; después de dejar defendida la España y el Africa cartaginesa, cuando hubo combinado que la marina púnica intentara apoderarse de Lilibea en Sicilia é hiciera correrías por las costas, partió para la Italia del N. en donde había dado cita á los insubrios, á los boios, llenos de odio por su dominadora y quizá también á los macedonios que acababan de sellar en los campos de Selasia la sumisión del Peloponeso. ¿Por qué Hannibal prefirió la marcha por tierra? Se ignora; el hecho es que atravesó los Pirineos al frente de... 50,000 infantes y 9,000 caballos, siguió costeando las orillas del Mediterráneo, y abriéndose paso con el oro ó con las armas por entre los galos de la comarca, atravesó el Ródano cerca de Avenios, (Avignon), y llegó á los primeros estribos de los Alpes.

Entretanto Scipion que había sido destinado á marchar con un ejército de desembarco á España para impedir el paso del Ebro, se estaba en Massalia combinando un plan que impidiese al cartagines pasar el Ródano. Cuando se puso en movimiento el paso, se había verificado ya;

(1) Barka, es análogo al hebreo *barak* que significa relámpago.